

¿qué cosa podía ser mas á propósito para devolverle la popularidad que un gobierno que ofendía al pueblo en aquellas pequeñas formas á que este mas se aficiona? Los Borbones, con lutos públicos, exequias y expiaciones á los huesos de Luis y de Antonieta, traían á la imaginación recuerdos penosos é insultantes de una Revolución que por su bien debería haber tratado de sepultar en el olvido. Reconocíanse deudores de todo á los extranjeros, de nada á la nación, y mientras les daban muestras de gratitud, la cólera francesa armaba á cada momento contiendas con aquellos soldados. De esta manera se volvía contra los Borbones toda especie de sentimiento nacional; su devoción ostentada enardecía las olvidadas repugnancias religiosas, y así recobraba Napoleon, ántes destestado, la aureola de gloria y la misión de libertador.

Con-  
greso  
de  
Viena.  
Octubre.

Habíase reunido entretanto el congreso en Viena, asistiendo á él en persona los reyes de Prusia, Austria, Rusia, Baviera y Wurtemberg; por Inglaterra Castlereagh, y Talleyrand por Francia, la cual fué admitida despues de graves dificultades, y solamente para las discusiones que tuviesen relacion con sus fronteras. Fiestas, carreras de caballos, juegos, amores, alegraban una reunion de que dependía la suerte de Europa; de manera que el príncipe de Ligne decía: *El congreso baila, no progresa*. La Rusia, entónces predominante en la opinion, y la Prusia, que se habia puesto á la cabeza de la emancipacion de los pueblos, quisieron aumentar su territorio, y la primera obtuvo la Polonia y la segunda la Sajonia, concesiones que obligaron á hacer otras muchas. Queriendo cercenar el territorio de Francia como nacion peligrosa y ponerle á cada lado robustos vecinos, se adjudicaron Génova al Piamonte, la Bélgica á la Holanda, y á la Suiza tres nuevos cantones, el Vales, Ginebra y Neufchâtel, que le proporcionaban una línea militar. El congreso, excluyendo á las pequeñas potencias del derecho de votar, mostró que queria organizarlas segun la voluntad de las grandes; pero Talleyrand, habituado á considerar los gobiernos como formas transitorias, admitiéndolos solo por el tiempo que sabian conservarse, viendo á los reyes dispuestos á hacerlo todo por sí y para sí, consiguió sembrar rivalidades entre unos y otros. Los principillos de Alemania clamaban contra su exclusion del congreso; Murat, viendo que se pensaba en desposeerlo, se armó y solicitó de Austria el paso con ochenta mil hombres para combatir á los Borbones en Francia; y estos, para defenderse, reunieron un grande ejército en el Delfinado.

415. Todo esto difundía un descontento universal: los reyes, mientras se estrechaban cordialmente la mano, disponían alianzas secretas uno contra otro, y especialmente Austria, Francia é Inglaterra se entendían para disminuir la preponderancia que habian granjeado á Alejandro los sucesos y sus cualidades personales. Metter-

nich y Talleyrand convinieron en conservarse en pié de guerra, previendo nuevas discordias; y para aprovecharse de estas, fomentaba Inglaterra la teatral ambicion de Murat.

Buonaparte, que todo lo veía, se reía, esperaba y redoblaba sus intrigas. Los Italianos, especialmente los soldados, hallando de nuevo á su nacion desmembrada y reducida á la nulidad, conspiraban instigados de un lado por Austria y los Borbones de Nápoles que buscaban un pretexto para perder á Murat, y de otro por Francia, Rusia y Prusia que querían molestar á Austria en la posesion de Italia, país que la casa austriaca miraba como suyo. Murat entretanto se formaba la ilusion de llegar á poseer aquella corona de hierro hácia la cual tantos habian extendido la mano sin que ninguno supiese conservarla; y Milan, Bolonia y Alejandría, donde la sociedad de los carbonarios se habia difundido mucho, conspiraban para proclamarlo rey independiente. ¿Pero cómo rechazar á los Austriacos? El ejército italiano estaba disuelto ó habia sido trasladado á Hungría; el de Murat no bastaba; los oficiales de las Legaciones, de Módena, del Piamonte se hallaban diseminados y vigilados por Austria, la cual tenia ademas todas las fortalezas. Era, pues, necesario extender la red, y así se acordó que en Turin se prendiese á los realistas y al general austriaco Bubna, en Milan á Bellegarde y Sommariva, y que entretanto Murat ocupase las Legaciones y Roma. Talleyrand, jugando á dos palos, esperaba resucitar en la capital del Catolicismo el partido frances, y alejar al Austria de las fronteras de Francia. Envió al duque de Berry á Lyon al encuentro de la division de Grenier que volvía de Italia, haciéndole entender que podría muy bien aprovecharse la sangre vertida en este país; mientras tanto introdujo entre los conjurados (1) á un tal Saint-Aignan, su emisario, por cuyo medio, habiendo sabido los pormenores de la conjuracion, y que se trataba, no de Francia sino de Italia, los denunció á Bellegarde, lugarteniente en Lombardia, el cual prendió á los jefes, el día mismo en que debía reventar la mina.

En aquel instante Napoleon, saliendo de la isla de Elba, desembarcó en Provenza; los batallones enviados para rechazarlo se pusieron de su parte; pronuncióse tambien en su favor el ejército reunido en el Delfinado; la bandera tricolor despertó el entusiasmo de sus primeros años, y el águila voló de campanario en campanario hasta Paris. Benjamin Constant exclamaba en el *Diario de los Debates*: «Yo no iré como un miserable desertor, arrastrándome desde los piés de un poder á los del otro, á cubrir con el sofisma la infamia, á tartamudear palabras profanas para comprar una vida

(1) Entraban en esta conjuracion los Italianos Teodoro Lecchi, general, el teniente coronel Gasparinetti, Demaistre, inspector general, Ragani, jefe de escuadron, Lattuada, Brannetti, Cavedomi, Pagani, Gerosa, Caprotti, Marchal, Varese, los profesores Rasori y Gioja, etc.

» vergonzosa; » sin embargo, á poco tiempo admitió el cargo de consejero de Estado de Napoleon. El mariscal Ney, besando la mano de Luis XVIII, le dijo: *Señor, yo os traeré á Buonaparte en una jaula*, y marchó para combatir contra él; pero al día siguiente pasó á ofrecerle su espada. El mariscal Soult, en la órden general del 8 de marzo trataba á Napoleon de insensato y usurpador; el 26 le hacía la corte, y pocos días despues era nombrado su mayor general. Luis XVIII no tuvo mas remedio que resignarse á un nuevo destierro.

Buonaparte apenas desembarcó, dijo: «Cambronne, esta es mi mejor campaña: os doy el mando de mi vanguardia. No disparéis un solo tiro; no encontraréis mas que amigos: pensad que mi corona debe serme devuelta sin que se derrame una sola gota de sangre francesa.» En efecto, se presentó inermemente entre los soldados; recomendó que se dejase marchar á la familia real, y condecoró al único individuo de la guardia nacional que quiso acompañar al conde de Artois; ¡hermosa página en sus fastos! Entró en Paris diciendo que iba á defender la independencia y felicidad de Francia, é inmediatamente disolvió las cámaras, abolió la nobleza y convocó una asamblea nacional para establecer los límites del poder; pero no se acomodaba bien la máscara democrática á su rostro de emperador.

20 de  
marzo.

Á Murat, que le escribió que *arrepentido queria reparar sus faltas*, le respondió que hiciese preparativos de guerra, pero que no aventurase nada contra Austria, con la cual estaba en negociaciones, y esperase sus órdenes. Y á decir verdad, si se hubiera atrincherado entre los Abruzos, esta posicion amenazadora habria bastado para tener á raya al Austria; pero dando oídos á consejos imprudentes y acaso pérfidos, y sin meditar demasiado sobre el objeto que lo llevaba, se puso en movimiento en dos columnas, la una mandada por José Lecchi, que se dirigió sobre Roma, de donde huyó el papa; y él con la otra invadió las Marcas, y sin dejar de profesarse adicto á los aliados, atacó á los Austriacos en Pésaro, y en Rimini anunció á los Italianos que iba á hacerles independientes (1). Pero se engañaban reci-

Procla-  
ma  
de  
Rimini.

(1) «Italianos. La Providencia, les dijo, os llama al fin á ser una nacion independiente. Desde los Alpes hasta el Estrecho, no se oiga mas que un solo grito, el de *Independencia de Italia*. ¿Con qué título pretenden los extranjeros quitaros esa independencia que es el primer derecho y el primer bien de cada pueblo? ¿Con qué título se enseñorean en vuestras mas hermosas comarcas? ¿Con qué título se apropián vuestras riquezas para llevarlas á regiones donde no nacieron? Y por último, ¿con qué título os arrancan vuestros hijos, destinándolos á servir, á padecer y á morir lejos de las tumbas de sus abuelos? ¿Acaso la naturaleza levantó en vano para vosotros la barrera de los Alpes? ¿Acaso os creó en vano con barreras tan mas insuperables la diferencia de idioma y de costumbres, la invencible antipatia de caracteres? No, no; queda libre de una vez el suelo italiano de todo dominio extranjero. Dueños un tiempo del mundo expiásteis aquella gloria peligrosa con veinte siglos de opresion y de estragos. Sea hoy vuestra gloria el no tener dueños: cada nacion debe contenerse dentro de los límites que le dió la natura-

T. VI.

procamente, él echando bravatas y prometiendo ochenta mil soldados, y los liberales ofreciéndole por su parte grandes auxilios. En realidad no tenia mas que treinta y cuatro mil trescientos infantes, cinco mil caballos y sesenta piezas de artillería, con muchísimos oficiales franceses; al paso que los Austriacos le oponían cincuenta mil infantes, cinco mil caballos y sesenta y cuatro piezas de artillería; y si Bolonia y alguna otra ciudad se declararon en su favor, el resto de la Romanía y de las Marcas se quedaron á la expectativa y le escasearon los víveres. Sin embargo, los Austriacos se retiraron hasta el Po y el Panaro, y si Murat hubiese continuado hasta Occhiobello, acaso habria encontrado apoyo en los Lombardos y Venecianos, ya predispuestos en su favor; pero en estas circunstancias le llegaron cartas de su mujer llamándolo á Nápoles, amenazada por los Ingleses.

Fin de  
Murat.

Entónces cenoció que habia sido vendido, y perdiendo el ánimo lo hizo perder tambien á los suyos. Perseguido en derrota, al llegar junto á Macerata habria caído prisionero con su estado mayor, si un batallon de reclutas de las Legaciones con sarjentos y cabos veteranos no le hubiese abierto camino. Bianchi lo derrotó en Tolentino, y Nugent al mismo tiempo entrando por Toscana y por Terracina, cayó sobre el territorio napolitano. Para proteger la retirada, Murat se fortificó en Ceprano; pero allí tuvo peor fortuna y llegó á Nápoles, habiendo perdido los equipajes y la

2 de  
mayo.

» leza. Vuestros límites son mares y montes inaccesibles (\*).  
» No los traspongáis nunca, pero rechazad al extranjero que los ha violado si no se apresura á retirarse.  
» Ochenta mil Italianos de los Estados de Nápoles marchan mandados por su rey y juran no volver á sus hogares sino despues de libertar á Italia. Probado tienen que saben sostener lo que juran. Italianos de las demas comarcas, secundad este magnánimo intento. Vuelva á las armas el que entre vosotros las llevó un día, y aprenda á llevarlas la juventud inexperta. Levántese con tan noble esfuerzo el que tenga corazón ingenuo, y secundando una libre voz hable en nombre de la patria á todo pecho verdaderamente italiano: en una palabra, despléguese en todas sus formas la energía nacional: se trata de decidir si la Italia deberá ser libre ó doblegar todavía por siglos su frente humillada á la servidumbre.  
» Que la lucha sea decisiva y en breve veremos asegurada por largo tiempo la prosperidad de una patria hermosa, que aun lacerada y ensangrentada, excita tantas envidias extranjeras. Todos los hombres ilustrados, las naciones todas dignas de un gobierno liberal, los soberanos que se distinguen por la grandeza de su carácter, se interesarán en vuestra empresa y aplaudirán vuestro triunfo. Estrecháos en una ardiente union y que un gobierno elegido por vosotros, una representacion verdaderamente nacional, una constitucion digna del siglo y de vosotros, garanticen vuestra libertad y propiedad interior tan pronto como vuestro valor haya garantido vuestra independencia.  
» Yo llamo á mi alrededor á todos los valientes que quieran combatir; yo llamo del mismo modo á todos los que han meditado profundamente sobre los intereses de su patria á fin de preparar y disponer la constitucion y las leyes que han de regir de hoy en adelante la feliz Italia, la Italia independiente.  
» Rimini, 30 de marzo de 1815. »

(\*) Escribía por él Pelegrin Rossi, que estudiaba entónces en Bolonia, y que acompañó al vencido rey en su huida de Italia, para no volverla á ver despues hasta el año 46. Véase si es cierto que solo en 1848 naciera el sentimiento de la independencia, segun van charlando los que estuvieron durmiendo hasta entónces.



19 de mayo.

artillería. En Nápoles dió una constitucion, pero demasiado tarde, y luego habiendo amenazado el comodoro inglés Campbell con bombardear la capital, lo entregó todo, si bien garantizó la deuda pública, las rentas de los bienes del Estado, la nueva nobleza, los grados, las pensiones de los militares que pasaran á servir al nuevo rey, y una amnistia para todos. En Nápoles se excitaron tumultos que promovieron á solicitud de las autoridades la entrada de los Austríacos, los cuales, con no poca efusion de sangre, lograron tranquilizar á la plebe; y Fernando, titulado *rey de las Dos Sicilias*, restaurado por el ejército extranjero en su no conquistado reino, prometió un gobierno templado, leyes fundamentales, y la conservacion de los códigos y empleos. Este infeliz pais en los veinte años que habia sufrido de trastornos en la alternada sucesion de vencedores y vencidos, habia formado un miserable tesoro de rencores y venganza; sin embargo, conservó mucho de lo bueno que en diez años habia establecido la administracion francesa y no quedó sometido al extranjero.

23 de mayo.

Joaquin, despues de andar errante y oculto por mucho tiempo, llegó á Córcega y reunió un puñado de parciales para imitar el desembarco de Napoleón, y reanimar en Calabria contra los Borbones el sistema de guerrillas que estos habian alimentado contra él. La tempestad dispersó su pequeña estuadra, y él, habiendo desembarcado en Pizzo con veinte y ocho hombres, nada mas, alzó la bandera; pero fué preso, y la corte de Nápoles que supo á un mismo tiempo el peligro y su salvacion, envió órdenes para fusilarlo (1). Tenia cuarenta y ocho años; momentos ántes de morir escribió:

8 de octubre.

Pizzo, 13 de octubre de 1815.

« Mi querida Carolina: Ha llegado mi última hora. Dentro de pocos instantes habré dejado de vivir y tú no tendrás ya marido. No me olvidéis nunca. Muero inocente: mi vida no se contaminó nunca con ninguna injusticia. ¡Adios, Aquiles mio! ¡adios, Leticia mia! ¡adios, Luciano mio! ¡adios, Luisa mia! Mostráos al mundo dignos de mí. Os dejó sin reino y sin bienes entre numerosos enemigos. Permaneced siempre unidos. Manifestáos superiores á la desgracia. Pensad en lo que sois y en lo que habéis sido y Dios os bendecirá. No maldecáis mi memoria. Mi mayor dolor en estos momentos es morir lejos de mis hijos. Recibid la bendicion paterna: recibid mis abrazos, y mis lágrimas. Tened siempre en la memoria á vuestro pobre padre »

En esta carta hay un grito de hombre que no se encuentra en las Memorias de Napoleón. Fué Murat el mas heróico entre los soldados de

(1) « El general Murat será conducido ante una comision militar, no se concederá al condenado mas que media hora para recibir los auxilios de la religion. »

este, y el único, caballero. Vaciló, pero fué hombre de corazon; y el populacho al disparar contra él, castigaba en su persona las culpas napoleónicas (1). Fernando triunfó y cumplió el voto que habia hecho de levantar un templo á San Francisco de Paula.

Napoleon no podia ya por tanto esperar que llamase la atencion de sus enemigos ningun movimiento en Italia, y reducido á sus propias fuerzas, todo lo puso en armas. Se improvisaron ocho ejércitos, y dos millones de guardias nacionales habrian podido renovar los prodigios de la Convencion. Napoleon tenió el ímpetu nacional; él, que habia exclamado en Fontainebleau: *No es la coalicion de los reyes la que me destrona, sino la opinion liberal*, habria debido apoyarse en esta. Y en efecto, dijo al pueblo: « Yo queria el imperio del mundo y para lograrlo, me era necesario un poder ilimitado; mas para gobernar tan solo á Francia, acaso será mejor una constitucion. ¿Queréis elecciones libres, discusiones públicas, ministros responsables? ¿Queréis en una palabra, la libertad? Yo tambien la quiero.... Sobre todo, la libertad de imprenta sería absurdo prohibirla ó sofocarla. » Tales eran sus palabras; pero los hechos llevaban el sello imperial. Al desembarcar llamó á los Franceses *ciudadanos*; á la mitad del camino ya los llamó *Franceses* y en París no les dió otro nombre que el de *súbditos*. Nada, pues, habia aprendido en la desgracia. Dió una constitucion, pero sin establecer la libertad de tribuna, y como un apéndice á las antiguas leyes del imperio: incompatible moscolanza de espíritu despótico y espíritu popular. En vano Carnot le daba consejos, cosa extraordinaria para aquel hombre soberbio, en vano le decia que debía reinar para sus súbditos y respetar la opinion pública como si fuese un ejército; ni una sola concesion liberal salió espontáneamente de sus labios, si bien tuvo que consentir algunas propuestas por el consejo

(1) Se trasladó Carolina Buonaparte á Trieste con sus hijos, y luego murió en Florencia, el año 1829. Luciano, que á la vuelta de su hermano habia ido de Roma á ofrecerle sus servicios, á la caída de este regresó á Roma, y en su principado de Canino descubrió las necrópolis y los vasos que renovarían la historia de las bellas artes etruscas, y reunió un hermosísimo museo, que vendió despues al Británico. Murió en 1840, y su hijo Carlos (1837) adquirió fama entre los naturalistas, y Luis entre los químicos. José, despues del desastre de Waterloo, se retiró á Nueva York, y despues á Florencia, bajo el nombre de conde de Survilleis, y murió allí en 1840. Allí murió tambien en 1840 el rey Luis; y su hijo Luis, despues de vicisitudes romanescas, estaba destinado á restablecer el imperio frances. Vivía entonces todavía el príncipe Jerónimo, hermano del difunto emperador, y antiguo rey de Westfalia; cuando llegó su sobrino á ser jefe del gobierno frances, fué á París tambien, y despues de haber sido algunos años gobernador de la casa de los Inválidos, murió en el año 1838. Madame Leticia, madre de cinco reinantes, vivió en Roma hasta el 2 de febrero de 1836. Beauharnais tuvo una renta de seis millones, y el rey de Baviera le dió el principado de Elestadt, donde hizo muchas mejoras: vivió hasta 1824, y la memoria de su mujer Amalia es grata á los Italianos, que siempre fueron bien acogidos por ella en Mónaco. Una hija suya se casó con el príncipe real de Suecia, y subió á aquel trono; la otra con el duque de Braganza; un hijo suyo casó con la reina de Portugal; otro con la hija mayor del emperador Nicolás de Rusia muertos entrámbos muy jóvenes.

de Estado, el cual le hizo suprimir la censura y proclamó la soberanía del pueblo (1). Pero la convocacion en el Campo de Mayo de los diversos órdenes del Estado, del ejército y de las diputaciones de los departamentos fué una medida imprudente que permitió calcular el número de sus amigos y de sus enemigos, cuanto mas que no habia motivo para tal convocacion, pues que ya se sometia el acta adicional á la aceptacion individual de los ciudadanos, de la cual Napoleon por experiencia estaba seguro. Las dos cámaras habian aprendido á hablar, por lo cual Napoleon, maldiciendo de los abogados, conoció la necesidad de salir á campaña para recobrar el derecho de hacer en todo su voluntad.

Última coalicion.

Siendo señor independiente de la isla de Elba, tenia el mismo derecho que cualquier otro soberano para declarar una guerra á la cual daba pretextó la violacion de los pactos anteriores. Sin embargo, los aliados unidos en Viena y armados todavía por sus mutuas rivalidades, las olvidaron inmediatamente para combinar sus esfuerzos contra el enemigo comun, y declararon que « habiéndose puesto Buonaparte fuera de las relaciones sociales y civiles, quedaba como perturbador del mundo entregado á la pública venganza. » Habiéndolo excluido de un modo tan extraño de las leyes de la humanidad, y habiéndose fijado 2.000.000 de francos por precio de su cabeza como en los tiempos bárbaros, preparáronse las demas potencias de comun acuerdo á combatirlo para sofocar en Francia el foco de la ruina y de las turbulencias de toda Europa, y se negaron á entrar con él en negociacion de ningun género, diciendo que nadie podia fiarse de sus palabras. En el parlamento inglés la oposicion sostuvo que debía respetarse el voto de los Franceses y no intervenir donde no se trataba ya de defender los derechos de las demas naciones; pero no se hizo caso de estos argumentos. Por tanto se armaron contra Napoleon tres ejércitos, uno austríaco á las órdenes de Schewartzenberg, otro inglés á las de Wellington y otro prusiano á las de Blücher; y para no gravar á los pueblos, pues que en aquel tiempo se mostraba mucha solicitud por ellos, se estipuló que los víveres y trasportes fuesen pagados con la parte que cada uno pretendia obtener de Francia.

Napoleon habria debido olvidarse de que habia sido emperador y ponerse á la cabeza de una guerra nacional reanimando el entusiasmo y apoyándose en él; mostrarse apénas en París y despues recorrer súbitamente toda la Francia, improvisar legiones irregulares, pero entusiastas, arrastrar hácia sí á los indiferentes y á los contrarios, y desbaratar las activas intrigas que se urdian contra él. No lo hizo, y llevando la guerra fuera del territorio, se separó otra vez del pueblo y se perdió. Con ciento ochenta y cinco mil hombres, atacó y derrotó separada-

(1) *Moniteur*, 26 de marzo de 1815.

mente á los Ingleses y á los Prusianos; entrando en Brusélas, la Bélgica se subleva en su favor; corresponden á su llamamiento los Sajones, los Bávaros y Württembergueses; muéstrase todavía el poeta de los campamentos, y en Ligny alcanza sobre los Prusianos una de las victorias antiguas. Pero ya los soldados no tienen en él una fe tan profunda; sus lugartenientes discuten sus órdenes; la omnipotencia de su voluntad no engendra ya tantos prodigios, y los descansos que pide el soldado, y que él le habria negado en otro tiempo, permiten á los Prusianos unirse con los Ingleses en Waterloo. Allí Napoleon despliega el atrevimiento de Austerlitz y de Wagram, pero Wellington le opone el sistema de resistencia en posiciones convenientes, con el cual habia vencido en Torresvédras, y así se mantiene firme hasta que llega Blücher á reforzarlo. Los aliados quedan vencedores; el ejército frances se dispersa, Napoleon se pone en fuga, y al traves de los muertos y moribundos lleva en persona á París la nueva de su derrota (1). En vano Lamarque venia en la Vendée y Suchet en los Alpes; Napoleon exclama: *No puedo reponerme, he disgustado á los pueblos.*

¡Confesion preciosa! Sin embargo, todavía para organizar la resistencia nacional no se le ocurre otro medio mas que pedir la dictadura. Pero los representantes se oponen; La Fayette dice: *Bastante hemos hecho por Napoleon; nuestro deber es salvar la patria*, y le intiman que abdique y salga del territorio. Entónces se capitula de nuevo con los aliados que ocupan á París; háblase de un gobierno mas libre; unos quieren á Napoleon II; otros pretenden poner en el trono á la familia de Orleans en vez de la otra que no habia probado bien; pero Fouché baraja las cosas de modo que parece inevitable el mando de la antigua línea de los Borbones, y Luis XVIII vuelve á entrar en París.

Napoleon se trasladó á Rochefort con el objeto de dirigirse á los Estados Unidos; pero no encontrando buque, pasó á bordo de una nave inglesa y escribió al príncipe regente: *Vengo como Temístocles á sentarme al hogar del pueblo británico*. Los aliados, considerándolo como prisionero de guerra, resolvieron llevarlo á Santa Elena, isla perdida en la inmensidad del Océano, donde vivió hasta el 5 de mayo de 1821. Al morir dijo: « Proclamad, señores, ante el mundo que mis intenciones eran puras: quise el bien, el orden, la justicia: quise rejuvenecer la sociedad reprimiendo el despotismo, desenmascarando la impostura, castigando la iniquidad. Los tiempos eran difíciles, tuve muchos enemigos; á pesar

(1) Son muy conocidas algunas anécdotas apócrifas, pero dignas de recordarse aquí. El general Cambroune respondió á los que le intimaban la rendicion: *La guardia antigua muere, pero no se rinde*. Wellington contestó á los soldados que le pedian un descanso: *Imposible, yo, vosotros, todo debemos vencer ó morir en nuestro puesto*. De estos hechos y palabras mucho se habló en 1801, con motivo de un gran romance.

14 de mayo.

Batalla de Waterloo. 18 de junio.

22 de junio.

8 de julio.

Fin de Napoleón.



«mío me ví precisado á ser severo, pero jamas fui injusto ni cruel; no pude aflojar el arco; así que los pueblos quedaron privados de las instituciones liberales que yo les destinaba para mas adelante y que entónces no podía establecer, porque mis enemigos se habian aprovechado de ellas.»

El juicio de los demas pueblos pesó sobre él con severidad; el de Francia fué mitigado por la gloria de que la rodeó, si bien podía preguntarle dónde estaba la fuerza que le habia entregado cuando era cónsul. Los ejércitos republicanos vencedores de Europa habian sido prodigados por él en guerras aventuradas, sacrificándose cada año cien mil jóvenes, y esto no para afianzar los derechos de la patria. De la hermosísima marina que tenia, habia perdido en quince años cuarenta y tres navíos, ochenta y dos fragatas, veintiseis corbetas, y cincuenta bergantines, cuyo valor se calcula en 2,000,000,000 de francos. Al aparecer Buonaparte en la escena, Francia recorría la Europa sembrando la libertad; pero luego por su causa la misma Francia fué dos veces invadida por los extranjeros, los cuales sofocaron la libertad de toda Europa con el pretexto de oponerse á la licencia francesa.

Su novelesco desembarco causó á Francia nuevas pérdidas y una larga ocupacion, y dió pretexto para que le fuera mermada la libertad. Los inexorables vencedores querian reducirla á la situacion que tenia en tiempo de Enrique IV; el patriotismo germánico reclamaba la Alsacia y la Lorena *avulsa imperii*; Austria, Prusia é Inglaterra pedian que cediese el territorio de las antiguas fortalezas en los Países Bajos y demoliere las fortificaciones de Huninga. Solo Alejandro de Rusia era desinteresado, y por su mediacion se obtuvo que no se impusieran al país mas que 700,000,000 de francos, pagaderos en cinco años á los aliados por los gastos de la guerra; debiendo quedar por espacio de los mismos cinco años, y nada mas, ciento cincuenta mil soldados extranjeros en las plazas y en las fronteras, especie de cuarentena que se imponia á Francia. Por lo demas se estipuló que si la Francia se movia, los aliados contribuirían cada uno con sesenta mil hombres para reprimirla.

Las provincias del Sur se insurreccionaron contra los buonapartistas. En Aviñon fué asesinado el mariscal Brune, en Tolosa lo fué el general Ramel, y muchos lo fueron en otros puntos sucesivamente. Disolvióse el ejército, hizose enmudecer á los periódicos; los Ingleses se acuartelaron en París, de cuya capital era gobernador un general prusiano, y al rededor de ella acamparon los demas ejércitos. Luis XVIII, infringiendo la carta, impuso una contribucion extraordinaria, destituyó á veintinueve pares, hizo formar consejo de guerra á diez y nueve generales, entre ellos á Ney y Labedoyère: Ney fué condenado á muerte por la cámara de los pares, á pesar de la capitulacion de Paris hecha

por los generales, no por el rey; con él murió tambien fusilado Labedoyère, y el general Lavallete se escapó de la cárcel por industria de su mujer. Los Borbones comenzaron, pues, su reinado como Napoleon, con procesos, con leyes rigurosas contra los sospechosos y rebeldes, con tribunales extraordinarios, y con precauciones de otra especie (1). La cámara excitaba al monarca á usar de rigor, y Luis tuvo el mérito de parecer mas clemente, contentándose con decretar el destierro perpétuo de la familia de Napoleon y de los regicidas.

En lugar de Talleyrand fué nombrado ministro de negocios extranjeros Manuel Richelieu, que habia militado á las órdenes de Alejandro, y que preferia la alianza rusa á la inglesa. Este ministro y Luis XVIII hicieron toda clase de concesiones á los aliados, con la mira de echarlos cuanto antes de Paris, sin advertir que á las mismas potencias les importaba irse, porque sus estados mayores se perdian en aquella capital, entre los deleites y la corrupcion, donde todo era espectáculos, todo ejemplos de revolucion y de libertad, peligrosos en un tiempo en que los reyes mismos los habian favorecido, y en que los Ingleses propagaban las ideas constitucionales. Richelieu, con un discurso dignamente melancólico, presentó á las cámaras el tratado de 15 de noviembre, tratado que dijo consideraria como una mancha indeleble sobre su nombre, si no lo consolase el pensamiento de que la Francia oprimida pedía á gritos que la librasen de la ocupacion extranjera (2).

Fué un homenaje á las ideas liberales la restitucion de las obras maestras del arte, reunidas por la victoria en el museo que tenia el titulo de Napoleon, restitucion que no se hizo en favor de los nuevos amos, sino en el de los países mismos que habian sufrido el despojo. A Bélgica fueron los cuadros de Ambéres, aunque esta plaza estaba sujeta á otro dueño, y á Venecia, sierva, se devolvieron los que habian sido arrebatados á Venecia, libre. Enseñando Denon á Pio VII el museo del Louvre, y diciendo que le causaria sentimiento ver las obras de que habia sido despojado su país, el pontífice respondió: *La victoria las llevó á Italia, la victoria las ha traído aquí; ¿quién sabe adónde las llevará un día?* Y en efecto, se cumplió esta profecía, de cuyo cumplimiento quedaron tanto mas descontentos los Franceses

(1) En un codicilo de Napoleon se lee: «Dix mille francs au sous-officier Cantillon, qui a essayé un procès comme prévenu d'avoir voulu assassiner lord Wellington, ce dont il a été déclaré innocent.»

(2) Richelieu escribia el 21 de noviembre de 1815: «Tout est consommé: j'ai apposé hier, plus mort que viv, mon nom à ce fatal traité. J'avais juré de ne plus le faire et je l'avais dit au roi; ce malheureux prince m'a conjuré, en fondant en larmes, de ne pas l'abandonner, et de ce moment je n'ai pas hésité. J'ai la confiance de croire que sur ce point per-sonne n'aurait fait mieux que moi; et la France espirant sous le poids qui l'accablait réclamait impérieusement une prompte délivrance: elle commencera des demain, au moins à ce qu'on m'assure, et s'opérera successivement et promptement.»

cuanto que eran los únicos despojados, y rompieron en bufonadas contra Canova (1), que habia ido á presidir la devolucion de las estatuas y cuadros italianos.

Así por culpa de Napoleon se vió la Francia humillada por la osadía de sus enemigos, privada de su dignidad en el exterior, de su seguridad en el interior, y con el pretexto de reprimirla se vieron tambien oprimidos los demas pueblos de Europa, concitados un tiempo por el ejemplo de aquella nacion.

## CAPÍTULO XVI

Tratado de Viena (2).

1815. Para tirar de la espada contra Buonaparte despues de su regreso de la isla de Elba, habian suspendido sus trabajos los reyes de Europa, congregados en Viena con el fin de reconstruir el derecho público. Este habia sido puesto de nuevo en problema por la Revolucion. La Asamblea nacional habia decretado, y los nobles de Alsacia, si bien tuvieron diputados en ella, se habian opuesto á sus decretos; al paso que las potencias pretendiendo mezclarse en el régimen interior de otro país, y formando las coaliciones de Mantua y de Pilsnitz, habian promovido la guerra civil. En 1797 la Francia usurpó en Venecia y Génova el poder constituyente; en Ratisbona quedó abolida la constitucion germánica; en Rastadt fueron asesinados los embajadores, y luego, en los tratados sucesivos, los Estados de Europa arriesgaron su propia existencia borrando del mapa europeo la Polonia, las repúblicas italianas, los principados eclesiásticos del imperio, casi todas las ciudades libres de Alemania, otros principados de segunda clase, órdenes de caballería

(1) Decian que era, no embajador, sino embaldador.

(2) El tomo XI de la *Historia de los tratados* de Schöell contiene el de Viena, y extracta lo mas interesante de las importantes obras de J. L. Klaber, tituladas: *Actes der Wiener Congresses*. 1817, 7 tom., y *Übersicht der diplomatischen Verhandlungen des Wiener Congresses, überhaupt, und insbesondere über wichtige Angelegenheiten des Deutschen Bundes*, 1816, en dos partes.

De Pradt, en el *Congrés de Vienne* (Paris, 1815, 2 tomos), cuando estaban mas vivas las pasiones y oscuridad todavía el porvenir, apreció con severidad los actos de aquella asamblea, mostró sus errores y adivinó casi todas sus consecuencias. Se dirá que su razon privada era superior al talento de aquellos archimandritas? No, pero él escribia en su bufete y arreglaba la Europa como le parecia mas justo y conforme con el interes general, sin tener que combatir con los intereses particulares.

En esto falta igualmente Gervinas en la *Geschichte des neunzehnten Jahrhunderts*. Leipsick, 1855. *L'Histoire du Congrès de Vienne* de Flassan es un trabajo venal de un empleado en el ministerio de negocios extranjeros. Mucho mas importantes son el último tomo de la *Histoire du consulat et de l'empire* de Thiers, y el cuarto tomo de la *Vita di Stein de Peste*. — Véanse tambien d'Haussonville, *Le Congrès de Vienne, l'empereur Alexandre et M. de Talleyrand en la Revue des Deux-Mondes*, mayo de 1862; Angeberg, *Congrès de Vienne et Traité de 1815*, con un largo prólogo de Capégué; *Aufrichtige Gesch. des j. 1815*, obra póstuma de Küppen, que salió á luz en Berlin, el año 1865. En aquel año se imprimia tambien en Leipsick una anónima *Historia diplomática de los años 1813, 1814, 1815*.

y dinastías. En suma, tanto los coligados como los revolucionarios sustituyeron el derecho de las armas al derecho de las gentes y al poder popular. En los últimos años se habia conocido cuán grande era este poder, y por tanto, excitada la insurreccion por los mismos que mas la detestaban, fueron los mas pródigos en promesas los que ménos intencion tenian de cumplirlas. Ilusorias condiciones, tratados contradictorios, ambigüedades estudiadas, deshonraron la política y la diplomacia en el trascurso de veinte años.

Con tan tristes ejemplos, con tan infaustos antecedentes se preparaba el congreso de Viena á restablecer el primitivo edificio político, á poner en balanza, como se habian puesto en Westfalia, los intereses de toda Europa desde el polo hasta Grecia. Si reinando Napoleon los tratados no habian venido á ser mas que puntos de descanso y treguas para prepararse nuevas hostilidades, á la sazón el campo estaba libre; no habia ningun enemigo que combatir, ni otras órdenes que obedecer mas que las de la justicia; reyes que habiendo perdido su trono, lo recobraban sin trabajo, aun podian darse por contentos recibiendo un poder moderado; y pueblos cuyas ideas habian caminado mas aprisa que la política, se hallaban desengañados de tantos experimentos. Por otra parte, si Napoleon no habia tomado en cuenta mas que sus propios intereses y proyectos, siendo en esto mas especulativo que los ideólogos de quienes se burlaba, los reyes manifestaban la intencion de guardar consideraciones con los pueblos que por su causa se habian levantado y que esperaban confiadamente el cumplimiento de sus promesas. Habíase temblado ante la espada y se queria romperla; ¿pero quién podia tener miedo de las ideas y de la libertad? ¿No se habian tomado las armas para concluir con el reinado de las arbitrariedades? Invocabase generalmente una Restauracion, pero no podia ya honrarse con tal nombre una paz que se redujese á fijar materialmente los límites de los países y á restaurar las monarquías, sino que debia tambien consolidar el porvenir sobre bases no arbitrarias, sino tomadas de la naturaleza de la sociedad. Si así lo hacia el congreso, la paz de Europa quedaba asegurada por largo tiempo; sino, las mismas estipulaciones que se hicieran vendrian á ser germen de descontento, destinado á dar por fruto nuevas revoluciones que para su terminacion necesitarán nuevas guerras.

Los reyes negociando en persona, mezclados con sus súbditos y en mesa redonda, abandonaron las cuestiones de preeminencia que en Utrecht habian hecho perder infinito tiempo. Así ellos como sus ministros manifestaron entónces máximas muy liberales; proclamaron que ni los príncipes ni los pueblos debian hacer la guerra sino impulsados por indispensables necesidades; declararon que debian abolir la esclavitud y la servidumbre bajo cualquiera